

Revista de la CEPAL

Director
RAUL PREBISCH

Secretario Técnico
ADOLFO GURRIERI

Secretario Adjunto
GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE ABRIL 1984

SUMARIO

Balance preliminar de la economía latinoamericana durante 1983. <i>Secretario Ejecutivo de la CEPAL, Enrique V. Iglesias</i>	7
Conferencia Económica Latinoamericana	39
La crisis en Centroamérica: orígenes, alcances y consecuencias	53
Pasado, presente y futuro de la crisis económica internacional. <i>Oswaldo Sunkel</i>	81
La carga de la deuda y la crisis: ¿se deberá llegar a la solución unilateral? <i>Robert Devlin</i>	107
La energía en el modelo tecnológico agrícola predominante en América Latina. <i>Nicolo Gligo</i>	123
La exportación de productos básicos desde América latina. El caso de la fibra de algodón. <i>Alberto Orlandi</i>	139
La crisis global del capitalismo y su trasfondo teórico. <i>Raúl Prebisch</i> .	163
Publicaciones recientes de la CEPAL	183

La crisis global del capitalismo y su trasfondo teórico

*Raúl Prebisch**

Los países capitalistas centrales y periféricos enfrentan la crisis actual sin haber resuelto los dilemas fundamentales de la acumulación y la distribución, que se ponen de manifiesto claramente en la tendencia al desequilibrio entre el ritmo de crecimiento de los gastos privados y públicos y el de la inversión reproductiva, y en la dificultad para resolver, sobre todo en los segundos, los problemas del crecimiento, el empleo, el estrangulamiento externo y la inflación. La experiencia muestra, una vez más, que la solución de esos problemas no se logrará mediante la aplicación de criterios monetaristas o keynesianos, por lo que es necesario establecer nuevos principios de regulación macroeconómica.

Después del planteamiento general de esta tesis (sección I), el autor examina el fenómeno de la propagación internacional de la inflación y el papel que en el mismo le ha correspondido a los Estados Unidos (sección II), para penetrar a continuación en el núcleo de su análisis, dedicado a presentar las causas que explican el desequilibrio antes mencionado, que giran en torno a la apropiación, retención y compartimiento del excedente (sección III). En la parte final (sección IV) analiza la incidencia de la crisis de los centros sobre la periferia y la especificidad de la que esta última está padeciendo, como consecuencia de factores estructurales y de decisiones de política tanto externos como internos.

Se trata de una crisis de los hechos económicos, de las ideas con las que se pretende comprenderla y de las políticas con que se procura enfrentarla; la periferia no saldrá de ella sino mediante un esfuerzo autónomo de reflexión intelectual y de acción política.

*Director de la Revista de la CEPAL.

I

El desequilibrio dinámico interno y la inflación

Estamos en presencia de una crisis que, por su índole y sus manifestaciones, supera aquella otra, también muy grave, de los años treinta. No me parece que sea posible explicarla a la luz de teorías que surgieron en los centros hace más de un siglo: ni de las que exaltan las virtudes del capitalismo ni de las que condenan el sistema.

Son teorías que han quedado a la zaga de los acontecimientos y también del enorme avance de los conocimientos científicos. El capitalismo ha evolucionado incesantemente y, conforme se desenvuelven y propagan las innovaciones técnicas, acontecen grandes transformaciones en la estructura de la sociedad, acompañadas de cambios de gran significación en las relaciones de poder que tanto influyen en la intensidad del desarrollo y la distribución social de sus frutos. A todo ello se añaden las consecuencias cada vez más notorias de la ambivalencia de la técnica.

El anacronismo de esas teorías es muy serio en sí mismo y en sus consecuencias, pues son incapaces de interpretar los hechos y son contraproducentes en sus formas de acción. Una y otra vez la realidad rebasa el molde estrecho de conceptos que pretenden circunscribirse a lo económico, eliminando por asepia doctrinaria elementos sociales, culturales y políticos que forman parte integrante de la realidad y que, junto con los elementos técnicos y económicos, tienen importancia creciente en las mutaciones estructurales de la sociedad.

No ha de extrañar pues que, dentro de ese molde estrecho, se siga discutiendo acerca del equilibrio general a que tiende el sistema cuando no se le somete a perturbadoras intervenciones. En otros términos, cuando se respeta la así llamada magia del mercado.

No hay tendencia al equilibrio general. Todo lo contrario, la evolución del sistema tiende a desequilibrios estructurales de gran significación, tanto en los centros como en la periferia así como en las relaciones de esta última con aquellos.

Durante algo más de tres decenios creo haber ahondado en la explicación de esta tendencia al desequilibrio entre los centros y la periferia latinoamericana. He tratado de demostrar los

graves errores teóricos provenientes de los centros y su equivocada actitud frente a nuestros fenómenos. Y fui asimismo penetrando en las tendencias al desequilibrio interno dentro de la misma periferia, de donde surgían nuevas formas de inflación.

He llegado a la conclusión de que la tendencia al desequilibrio interno se presenta también con intensidad cada vez mayor en los centros: un desequilibrio entre el ritmo de crecimiento del gasto privado y público y el de las inversiones reproductivas, que acrecientan el empleo y la productividad y sin las cuales no podría desenvolverse progresivamente el gasto. También dimanar de allí los fenómenos inflacionarios de los centros. Corresponde pues a nuestros países periféricos el discutible mérito de haber sido precursores de esta inflación proveniente del desequilibrio dinámico.

Comoquiera que fuere, es materia de consternación el empeño de atacar estos fenómenos con el instrumento monetario. Muy eficaz en tiempos pretéritos para corregir las desviaciones inflacionarias del sistema, se ha vuelto ahora contraproducente frente a las nuevas fuerzas sociales que acompañan a los cambios estructurales. Ya no se trata de desviaciones, sino de una pugna distributiva en que la fuerza de trabajo —si se me permite usar con gran amplitud este concepto— se propone aumentar su participación en la creciente productividad del sistema, tanto directamente, como por los servicios sociales que le brinda el Estado. Además, el Estado tiende a compartir cada vez más el incremento de la productividad.

Ocurre así un continuo crecimiento de los gastos de consumo. Al consumo conspicuo de los estratos sociales favorecidos por su desproporcionada participación en el fruto del progreso técnico, se suman el creciente consumo de bienes y servicios privados y sociales de la fuerza de trabajo y los gastos del Estado, tanto civiles como militares. Sin embargo, no crecen unos gastos en detrimento de otros, sino que se superponen. Y fatalmente su ritmo tiende a sobrepasar al de la acumulación reproductiva.

Dado el sistema imperante no hay otro instrumento disponible más que el monetario para atacar la inflación proveniente de este desequilibrio dinámico. Pero ese instrumento ha dejado de ser idóneo y las consecuencias de su aplicación

son desastrosas: los hechos muestran fehacientemente que el costo social es enorme. Sin embargo, se tarda en reconocer que no es posible combatir esta nueva forma de inflación con la regulación monetaria. Se impone otra forma de regulación macroeconómica para corregir la tendencia al desequilibrio dinámico, así en los centros como en la periferia.

El concepto de equilibrio económico carece completamente de asidero en la realidad porque ignora el fenómeno estructural del excedente económico. Sostengo que aunque rija plenamente la libre concurrencia en el mercado, sólo una parte del incremento de productividad debido al avance técnico se traslada a la fuerza de trabajo, en tanto que el resto se lo apropian y retienen en forma de excedente económico quienes tienen en sus manos los medios productivos, sobre todo los estratos superiores de la sociedad en donde se concentran esos medios.

El excedente económico tiene un gran papel en la dinámica del sistema, pues constituye la fuente primordial de las inversiones reproductivas que multiplican el empleo y la productividad y acrecientan continuamente el mismo excedente. Pero también constituye la fuente del considerable crecimiento del consumo de los estratos superiores, estimulado de más en más por las técnicas de diversificación de bienes y servicios que, por cierto, tienden asimismo a acrecentar el consumo de los estratos de más abajo a medida que avanza la productividad del sistema.

En el desarrollo histórico del capitalismo la apropiación del excedente por los estratos superiores ha podido cumplirse gracias a la pasividad de la fuerza de trabajo y la prescindencia del Estado.

El excedente es una categoría histórica que se basa fundamentalmente en la desigualdad social; corresponde a una determinada estructura de poder. En efecto, en el curso de las mutaciones estructurales se desenvuelve progresivamente, aunque con grandes disparidades, el poder sindical y político de la fuerza de trabajo y ésta pugna por una mayor participación en el crecimiento de la productividad; lo propio hace el Estado, para cubrir tanto sus crecientes gastos sociales en favor de la fuerza de trabajo cuanto los gastos originados en su propia dinámica que, a su vez, reflejan los cambios ocurridos en la estructura del poder.

En la medida en que el Estado, para cubrir esos servicios sociales, así como el acrecentamiento de otros gastos, acude a impuestos que recaen sobre la fuerza de trabajo, ésta trata de resarcirse mediante el aumento de sus remuneraciones. Ello tiende a elevarlas más allá del ritmo de incremento de la productividad, debilitando de esta manera el ritmo de crecimiento del excedente y por lo tanto el de acumulación de capital.

Una parte de los impuestos recae también sobre el excedente y afecta adversamente la evolución de las inversiones reproductivas y, en consecuencia, de la productividad, al menos mientras los gastos e inversiones del Estado no contribuyan a mejorarlas.

Así pues, conforme se modifican la pasividad de la fuerza de trabajo y la prescindencia del Estado, la tendencia a aumentar las remuneraciones con ritmo superior al crecimiento de la productividad y el debilitamiento de este último ritmo traen consigo consecuencias cada vez más perturbadoras, dada la índole del sistema.

Todo aumento de remuneraciones tiene el doble efecto de elevar los costos y acrecentar la demanda en forma tal que los mayores costos se pueden trasladar a los precios en la medida en que el ritmo de elevación de las remuneraciones sobrepasa al de la productividad. Y a esta subida de los precios sigue un nuevo aumento de las remuneraciones si la fuerza de trabajo tiene poder suficiente para conseguirlo. Tal es el origen de la espiral inflacionaria, proveniente de la presión de costos y acentuada por el alza de los tipos de interés que sigue a la de los precios.

La elevación de los precios responde, en verdad, al empeño de las empresas por defender la apropiación y retención del excedente. Y no hay mecanismo espontáneo alguno que permita absorber el aumento de costos a expensas del consumo de los grupos favorecidos por el excedente a fin de no debilitar el ritmo de acumulación. El sistema no funciona en esta forma. Trata de defender la apropiación del excedente por dichos grupos tanto en lo que concierne al consumo como a las inversiones de los mismos.

Téngase en cuenta, sin embargo, que al mejorar las remuneraciones reales de la fuerza de trabajo, podría dedicarse una parte de ellas a la acumulación, compensando al menos en parte el debilitamiento de la acumulación de las empresas. Sin embargo, tampoco hay mecanismo

alguno que lleve espontáneamente a esta suerte de compensación. Lo que a las empresas interesa fundamentalmente es defender el excedente y emplearlo libremente en sus propias inversiones, en vez de que lo acumule la fuerza de trabajo. Lo mismo podría decirse de la acumulación por el Estado.

No se trata tanto de resolver el problema técnico de la acumulación a fin de promover la dinámica del sistema, sino de preservar la apropiación por los propietarios de los medios productivos de gran parte del fruto del progreso técnico. Que el sistema necesite acelerar el ritmo de acumulación a fin de elevar el empleo no es algo que incumba en sí mismo a los grupos sociales que se apropian del excedente. Son otros los elementos que determinan el ritmo de acumulación y sobre todo un factor de índole cultural: el grado de austeridad de esos grupos sociales; esto es, su resistencia a la incitación persistente del consumo, aguijada por la diversificación cada vez mayor de los bienes y servicios. Cualquiera que haya sido el grado de austeridad en el desarrollo histórico del capitalismo, hay que reconocer que no se caracteriza por ella el capitalismo periférico.

Volvamos ahora a la defensa del excedente mediante el alza de los precios, que conduce a la espiral cuando la fuerza de trabajo ha dejado de ser pasiva y la autoridad monetaria concede la necesaria creación de dinero. Los trastornos crecientes que acompañan a esta ampliación de la espiral llevan tarde o temprano a la autoridad monetaria a restringir el crédito. Las consecuencias son bien conocidas: disminución del ritmo de crecimiento o su contracción con la compresión cada vez mayor del excedente y el descenso del empleo.

Precisamente, en el descenso del empleo está la clave de esta política monetaria. Pues tarde o temprano lleva a la fuerza de trabajo a aceptar el deterioro de sus remuneraciones reales hasta que su compresión permita aumentar de nuevo el excedente y su papel dinámico, así como el consumo de los grupos sociales favorecidos.

Por otra parte, la elevación de las tasas de interés, acentuada por la política monetaria restrictiva, significa un fuerte traslado de ingresos reales desde la actividad productiva (excedente y remuneraciones de la fuerza de trabajo) hacia la actividad financiera, mientras disminuye la in-

tensidad de la actividad económica y ésta se contrae.

Tal es en pocas palabras la manera en que se ha logrado frenar notablemente la inflación, comenzado por el centro dinámico principal del capitalismo. Comentaba recientemente este hecho *The Economist*¹, y hacía notar que esto se había conseguido comprimiendo los salarios reales a fin de acrecentar las ganancias de las empresas (esto es, restablecer el excedente). Tesis muy plausible según la revista —que se ha difundido mucho tanto en los centros como en la periferia y que apoya la política monetaria como medio de atacar la inflación. He aquí sus términos:

“La baja de los salarios reales, así como la de los precios del petróleo, está corrigiendo el desequilibrio que ha perjudicado a la economía mundial durante diez años. Un petróleo demasiado caro y una fuerza de trabajo demasiado cara: ambos ayudaron a causar la ‘estanflación’. Su desaparición podría anunciar una nueva era de escaso desempleo y baja inflación, sobre todo si también se acaba con el dinero demasiado caro. Cuando ello ocurra, el mundo podrá gozar de muchos felices años nuevos”.

Es tremendo el costo económico y social de la política monetaria restrictiva, según señalamos anteriormente. Pero conforme a sus defensores, se trata del costo en que hay que incurrir para lograr el saneamiento del sistema; esto es, para corregir lo que ellos consideran desbordes provocados por las exageradas pretensiones sindicales, así como los crecientes beneficios sociales que contribuyen a la hipertrofia de un Estado que ha dejado de ser prescindente. En verdad los economistas neoclásicos suelen aceptar resignadamente (no sin cierta complacencia en algunos casos) ese costo económico y social para corregir las consecuencias de la violación de las leyes del mercado por la fuerza de trabajo, así como el ejercicio abusivo del poder del Estado.

Violación de las leyes del mercado porque, según las teorías neoclásicas, si se le deja actuar libremente, sin interferencia alguna, el sistema económico tendería hacia su equilibrio. Y en este equilibrio la remuneración de los trabajadores, de los empresarios y del capital se establecería de acuerdo con su aportación al proceso productivo. De lo cual se desprende una conclusión de

suprema importancia en las teorías neoclásicas (si bien no suele ser explícita): el juego libre del mercado difunde en toda la sociedad el fruto del avance técnico expresado en la productividad cada vez mayor del sistema, librado a sus propias fuerzas.

Por supuesto que en estos razonamientos se ignora el fenómeno estructural del excedente: no sólo se acrecienta la acumulación, sino también el privilegio consumista de los grupos sociales favorecidos por el progreso técnico. Es precisamente esta manifiesta desigualdad del consumo lo que trae la doble presión redistributiva de la fuerza de trabajo y del Estado. Sólo que el sistema, tal cual funciona, no permite cumplir eficazmente el designio de equidad distributiva.

Reflexiónese en la significación de estos hechos. La fuerza de trabajo se ve forzada a comprimir sus remuneraciones reales a fin de que el sistema recupere su aptitud de acumulación. Y para que ello se cumpla hay que aumentar el desempleo. ¿Cabría suponer que si se reactiva la economía y se eleva la ocupación, la fuerza de trabajo se allanará a ceder sus aspiraciones en favor de la acumulación y el mayor consumo de los estratos favorecidos? ¿O habrá que reconocer que el sistema, en esta etapa estructural, se encuentra continuamente expuesto a la presión inflacionaria, que se atenúa con el desempleo y vuelve a surgir con la reactivación de la economía?

No extraña pues la tesis peregrina de quienes sostienen que el funcionamiento regular del sistema impone un cierto coeficiente de desempleo para moderar las demandas salariales.

Creo haber llegado a una conclusión clara y terminante. No es factible mejorar socialmente a los grupos menos favorecidos con aumentos de remuneraciones que eleven el costo de producción de las empresas. Se está superando una etapa histórica de la evolución del capitalismo sin que se haya resuelto el problema fundamental de distribución del fruto del progreso técnico y a la vez de acumulación de capital reproductivo.

Por lo demás, sería funesta ilusión pretender resolverlo según las leyes del mercado. El mercado, en cuanto funciona correctamente, tiene eficacia económica. Pero su eficacia social es parcial y limitada, como lo es asimismo su eficacia ecológica. No es el mercado en sí mismo el que debiera preocuparnos sino la estructura subya-

¹24 de diciembre de 1983.

cente de la sociedad y las relaciones de poder que le son inherentes, así como la ambivalencia de la técnica. Tampoco hay que caer en la ilusión, mucho más sería aún, según la cual la abolición del mercado va a resolver esos y otros problemas, pues ello daría a quienes manejan el sistema desde la cúspide un poder que, sobre comprometer su eficacia, resultaría incompatible con la democratización progresiva de la sociedad.

Frente a la tendencia al desequilibrio dinámico que tan notoriamente se manifiesta en el déficit fiscal, se advierte en estos momentos en los Estados Unidos, así como en los países europeos que dieron más impulso al Estado benefactor, la preocupación de contener los servicios sociales (además de lo que atañe evidentemente al gasto militar). No creo, desde luego, que se haya agotado el considerable potencial de bienestar humano que el adelanto técnico ha traído consigo. Pero es necesario corregir fundamentalmente la tendencia al desequilibrio dinámico pues si se corrigiera sería posible realizar el considerable potencial de mejoramiento social del sistema.

A esta tendencia al desequilibrio dinámico se agregan las consecuencias adversas de la explotación irresponsable de recursos naturales agotables y otras graves repercusiones ecológicas. Para evitar o contrarrestar esas consecuencias es preciso aumentar la cuantía de capital por unidad de producto a fin de restablecer el ritmo de incremento de la productividad. En consecuencia, este ritmo se resiente tanto por el debilitamiento de la intensidad de la acumulación, como por la necesidad de sanear ecológicamente el progreso técnico.

Acaso parezca extraño insistir en la tendencia al desequilibrio dinámico entre el gasto y la acumulación cuando se recuerda que hace medio siglo Keynes afirmaba que el funcionamiento del sistema tendía a engendrar un exceso de ahorro. Con mucha imaginación llegó a sugerir que la construcción de las pirámides de Egipto pudo haber sido en cierto modo consecuencia del exceso de ahorro, que había que invertir en esa forma. Gran imaginación y también brillo literario, como solían tener los grandes clásicos, en contraste con el estilo pesado y confuso que caracteriza a muchos de nuestros economistas. Pues bien, Keynes atribuye en gran parte la depresión

de los años treinta a ese fenómeno de exceso de ahorro que, a mi juicio, no fue tal sino un desajuste cíclico. Comoquiera que fuere, este concepto de Keynes condujo a muchos de sus seguidores a atribuir el fenómeno de la desocupación a una insuficiencia de demanda provocada por el excesivo ahorro. No le fue dado al eminente economista predecir la tendencia al desequilibrio estructural entre el ritmo del gasto y el de acumulación, desequilibrio en que se puso de manifiesto antes la insuficiencia que la abundancia de ahorro.

Conviene detenerse un instante en este asunto. Cuando el desempleo es cíclico, la expansión keynesiana de la demanda es aconsejable, dentro de ciertos límites; pero cuando proviene de aquel desequilibrio estructural entre los ritmos de gasto y de acumulación, esa expansión contribuiría a acentuar la inflación provocada por ese desequilibrio. Y cuando se pretende atacar la inflación con el monetarismo, las consecuencias son contraproducentes, como antes se ha dicho. Frente a la inflación y al desempleo estructural, ni monetarismo ni keynesianismo. Se imponen otras formas de regulación.

Las explicaciones que presento en esta primera sección acerca de la tendencia al desequilibrio dinámico y sus efectos inflacionarios se refirieron originariamente al capitalismo periférico. Sin embargo, como ya he señalado, la observación de los hechos me ha convencido de que estos fenómenos conciernen también a los centros, lo cual no habría de sorprender por cuanto la periferia ha imitado de ellos el proceso de apropiación del fruto del progreso técnico. Sólo que en la periferia la tendencia al desequilibrio dinámico es mucho más pronunciada debido a la especificidad de su capitalismo, proveniente en gran parte del retardo histórico de su desarrollo.

Comoquiera que fuere, he creído conveniente exponer de nuevo mi interpretación de estos fenómenos publicada en diversos artículos de esta revista y en mi libro sobre capitalismo periférico². Considero que las críticas que he recibido y la evolución de mi propio pensamiento me han permitido una presentación más clara y precisa que voy a exponer más adelante (sección III) a riesgo de inevitables redundancias.

² *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

II

Propagación internacional de la inflación

Permítaseme detenerme antes en algunas consideraciones pertinentes acerca de la propagación internacional de la inflación. Creo que en gran parte este fenómeno es consecuencia general del desarrollo capitalista, pero no me cabe duda de que la inflación de los Estados Unidos —centro dinámico principal del sistema— ha dado un gran impulso a esta propagación, tanto por su importancia en la economía como por el doble papel de moneda nacional e internacional que ha adquirido el dólar.

Este papel de moneda internacional comporta el gran privilegio de crear dinero y de aprovecharlo sin costo alguno y, al mismo tiempo, la enorme responsabilidad de que su creación responda a las exigencias del desarrollo planetario.

Sin embargo, el factor dominante en la creación de dinero ha sido, por el contrario, la inflación interna de aquel país. La inflación ha desbordado hacia el resto del mundo.

Y así como ha contribuido a la gran euforia del desarrollo en tiempos que ya van alejándose, la política que allí se está siguiendo para frenarla mediante elevadísimas tasas de interés ha traído una contracción económica mundial, que en la periferia acentúa la gravedad de sus propios problemas. A la creación abundante de dólares inflacionarios en el ámbito internacional, sigue entonces un movimiento de retorno deflacionario de esos dólares a los Estados Unidos atraídos por aquellas tasas de interés.

La inflación fue relativamente moderada en los primeros tiempos, hasta la primera mitad de los años sesenta, pero después el crecimiento extraordinario de los gastos sociales y los gastos militares a partir de la presidencia Johnson, dio gran impulso a la espiral hasta que la elevación de los precios del petróleo (iniciada en 1973) le imprimió una amplitud inusitada. Suele decirse que este último hecho fue determinante de la inflación, sin recordar que el abandono de la convertibilidad ocurrió años antes a consecuencia de la inflación que venía desenvolviéndose.

La expansión inflacionaria de la demanda en los Estados Unidos, así como sus inversiones

en el exterior, pudieron satisfacerse en parte con el producto del resto del mundo, sobre todo en tiempos de sobrevaluación monetaria. Esas inversiones de capital, en particular en Europa, contribuyeron a atenuar su retardo tecnológico y aumentar extraordinariamente la productividad y las tasas de crecimiento.

La afluencia de dólares habría provocado una peligrosa acentuación secundaria del fenómeno inflacionario si los países afectados no hubieran decidido depositar gran parte de estos recursos en el mercado de eurodólares. Este mercado adquirió considerable amplitud con los cuantiosos sobrantes financieros del petróleo que se depositaron allí. Fue un momento propicio para captar una parte apreciable de estos recursos mediante la colocación de títulos a largo plazo y prestarlos sobre todo a países en desarrollo. Hubiera sido una provechosa forma de revertir triangularmente dichos recursos que, originados en los grandes centros consumidores, principalmente en los Estados Unidos, hubieran vuelto allí de haberse prestado a largo plazo a países en desarrollo, los cuales, a su vez, los habrían empleado en adquirir bienes de capital en tales centros³.

Los hechos muestran, sin embargo, que la gravitación de intereses financieros privados ha prevalecido sobre sanas consideraciones de largo alcance. En efecto, los bancos internacionales en que se realizaron esos depósitos de origen petrolero (así como de otro origen) dieron gran impulso a operaciones de préstamos a plazos cortos concedidos principalmente a países en desarrollo y algunos países socialistas. No se trataba solamente de tales recursos, sino también de la multiplicación inflacionaria de dinero que se agregaba a los dólares que salían de la inflación de los Estados Unidos. En efecto, por cada dólar que

³No se trata de una reflexión *a posteriori*. Por el contrario, tuve la oportunidad de plantear esta idea al Secretario General de las Naciones Unidas cuando éste me encomendó una operación de emergencia para atacar situaciones críticas en los países en desarrollo al momento afectados por el alza de los precios del petróleo. El Secretario General elevó mi presentación a la Asamblea General.

llegaba al mercado de euromonedas, los bancos privados internacionales creaban varios dólares adicionales mediante la expansión de su crédito, agravando así la presión inflacionaria.

Estas operaciones se realizaron sin regulación alguna en el ámbito internacional. Conviene recordarlo ahora cuando el mundo entero está sufriendo las consecuencias de estos hechos. Una larga experiencia había llevado de tiempo atrás a regular la creación interna de dinero (si bien ella fue perdiendo eficacia, según se dijo en la sección anterior). Sin embargo, las operaciones internacionales de los bancos privados se hicieron sin regulación alguna, guiadas sólo por el incentivo de la ganancia, y trajeron muy cuantiosos beneficios.

El afán de lucro se impuso sobre consideraciones elementales de previsión y responsabilidad. Y los países prestatarios se endeudaron sin pensar mayormente en el futuro. Fue en fin de cuentas una convergencia de irresponsabilidades. En algunos casos los préstamos de plazo corto y mediano se dedicaron a inversiones que debieron más bien haberse realizado a largo plazo. Y en otros, contribuyeron a pagar los mayores precios del petróleo o importaciones exageradas de consumo estimuladas por medidas internas, o cubrieron gastos militares. Más aún, algunos países de la América Latina que obtuvieron cuantiosos recursos por sus ventas de petróleo se empeñaron también en forzar exageradamente sus inversiones y su ritmo de desarrollo con préstamos de esa naturaleza.

Como suele suceder con estos abusos no faltaron justificaciones teóricas: había que dejar operar sin restricciones a las fuerzas del mercado internacional. El libre juego del mercado traería consigo la asignación más provechosa de los recursos. Los bancos privados lo harían más eficazmente que las instituciones oficiales de crédito internacional; y así llegaron a adquirir una extraordinaria proporción en el financiamiento mundial.

Me he referido anteriormente al retorno deflacionario a los Estados Unidos de una parte de los dólares lanzados anteriormente al mundo por el desborde de la inflación. Este retorno, como es notorio, se debe a la elevación extraordinaria de las tasas de interés. Conviene detenerse un momento en este fenómeno de singular trascendencia.

La inflación proveniente del déficit fiscal, así como de la pugna distributiva, constituye otra de las manifestaciones de la tendencia al desequilibrio entre gastos y acumulación reproductiva. Ambos procesos se alimentan recíprocamente. Pues bien, en lo que concierne a la inflación de origen fiscal, antes que introducir reajustes adecuados en gasto e impuestos, se prefirió atraer ahorro hacia el Estado para cubrir el déficit.

Es cierto que por la índole del sistema la elevación de impuestos habría tenido también efecto inflacionario por las razones expuestas en la sección I. Y hubiera requerido una adecuada política de ingresos para moderar sus efectos. De todos modos, destinar una parte considerable del ahorro a cubrir el déficit influyó adversamente sobre la acumulación y la productividad en forma similar a la que hubieran tenido los gravámenes sobre el excedente. Por otra parte, la elevación de las tasas de interés del ahorro fue acompañada de la restricción del crédito y el aumento de las tasas de interés bancario a fin de evitar la transferencia inflacionaria de recursos al mercado financiero. Son bien conocidos los efectos adversos de la restricción crediticia. No se limitaron a los Estados Unidos, por cuanto las elevadas tasas de interés —como se dijo anteriormente— provocaron el retorno de dólares y el encarecimiento del dinero y la deflación mundial. De esta manera, el retorno de dólares a su fuente originaria trajo problemas muy serios a los países afectados, obligándoles a extremar sus propias medidas restrictivas.

Conviene hacer una distinción entre la propagación internacional de la inflación primero y la deflación después, y los fenómenos internos de índole inflacionaria explicados en la sección I. La inflación internacional ha contribuido a acentuarlos. Esto concierne asimismo a la periferia, donde sus propios fenómenos se han complicado seriamente debido a esas vicisitudes monetarias internacionales.

Todo ello trae consigo en todas partes gran desempleo con un ingente desperdicio del potencial de desarrollo. Si se cotejan estas consecuencias adversas y su incidencia social con la euforia de los años de prosperidad, es el caso de preguntarse si, a la larga, no hubiera sido preferible un crecimiento más pausado y persistente, que tasas extraordinarias de desarrollo seguidas de un marcado descenso del ritmo.

Esta pregunta atañe desde luego al fondo mismo del asunto, esto es al propio proceso de apropiación y distribución del fruto del progreso técnico, así como la acumulación de capital reproductivo. Tal es el problema fundamental que hay que resolver cuando se está agotando irremediamente una categoría histórica del desarrollo capitalista, cuyos resultados positivos no cabría negar, no obstante los graves trastornos que ventan incubándose en la evolución de la estructura de la sociedad.

Finalmente, se discute acerca de la reforma monetaria internacional, y la periferia no ha sido

ajena a su planteamiento. Bretton Woods ha sido sobrepasado por los acontecimientos. Pero conviene también preguntarse si una reforma internacional podría ser eficaz y persistente si los grandes países no realizaran su propia transformación interna a fin de corregir su tendencia al desequilibrio dinámico entre el gasto y la acumulación de capital reproductivo. Si esta tendencia no se corrige a tiempo y sigue siendo fuente de inflación, podrán darse fenómenos incompatibles con la creación disciplinada de dinero para responder a las necesidades reales de la economía internacional.

III

La apropiación y retención del fruto del progreso técnico y la pugna distributiva

Puesto que en la sección I hemos dado tanta importancia al fenómeno estructural del excedente, ha llegado el momento de explicar cómo acontece, primero, cómo se retiene, enseguida, y finalmente, cómo la pugna social para compartir el fruto del progreso técnico provoca la tendencia al desequilibrio dinámico entre el ritmo del gasto y el de la acumulación reproductiva. Esta tendencia lleva fatalmente a la inflación y no es posible contenerla con el instrumento monetario sin aquel ingente costo económico y social que subrayamos en su momento.

Comencemos, pues, por una explicación simple y esquemática del excedente económico. El excedente está estrechamente ligado al progreso técnico, el cual se manifiesta, gracias a la acumulación de capital, en una continua superposición de nuevas capas técnicas de creciente productividad a capas técnicas de menor productividad. Es un proceso que se renueva incesantemente.

Sucede que al agregarse una capa técnica de mayor productividad que las anteriores, las remuneraciones de la fuerza de trabajo, que así se emplea, no mejoran correlativamente con esa mayor productividad. En el juego de las leyes del mercado, sólo logra hacerlo aquella parte de la fuerza de trabajo que, en todos los niveles, dispo-

ne de las crecientes calificaciones que requiere el adelanto técnico. El aumento de la productividad es el resultado de esas calificaciones y de la acumulación de capital en que se concretan las innovaciones tecnológicas. No aumenta sus remuneraciones correlativamente a la productividad el resto de la fuerza de trabajo que se emplea en nuevas capas técnicas por una razón muy simple: la competencia de la fuerza de trabajo que se encuentra en capas de menor productividad y menores ingresos y de la que accede al mercado por el aumento de la población. Esa competencia impide que las remuneraciones se eleven conforme a la mayor productividad de la nueva capa técnica.

He llamado excedente al incremento de productividad que, al no transferirse a la fuerza de trabajo, queda en empresas y corresponde a los medios productivos. Hay que hacer una clara distinción entre el excedente y la remuneración de quienes organizan y dirigen la actividad productiva, tengan o no la propiedad de aquellos medios.

El excedente se origina pues en la heterogeneidad estructural, esto es en la diversidad de capas técnicas, productividad y remuneraciones de la fuerza de trabajo. Se concibe que la acumulación de capital y las calificaciones requeridas

para responder a ella tiendan a llevar progresivamente a la homogeneidad con similar productividad, y remuneraciones iguales para las mismas calificaciones. El excedente tendería así a desaparecer lo mismo que su papel dinámico en la acumulación y sería necesario sustituirlo por otras formas de acumulación. De todos modos, se trataría de un proceso relativamente lento, amenazado por la incesante diversificación de bienes y servicios que conspira contra la acumulación reproductiva, así como por el crecimiento demográfico, sobre todo en la periferia.

Mientras tanto, el poder redistributivo de la fuerza de trabajo y del Estado va logrando lo que las leyes del mercado tardan en cumplir. Y a medida que se opera el proceso redistributivo, el crecimiento del gasto que ello trae consigo se agrega al gasto cada vez mayor de los grupos sociales favorecidos por el excedente. De esta manera el sistema tiende hacia aquel desequilibrio dinámico entre el ritmo del gasto y el de la acumulación reproductiva que se ha mencionado en la sección I.

No podríamos, sin embargo, interpretar esta tendencia al desequilibrio sin mostrar —también sucintamente— cómo se retiene el excedente en las empresas, en vez de difundirse socialmente según suponen las teorías neoclásicas; y cómo en las mutaciones estructurales de la sociedad el poder redistributivo de la fuerza de trabajo y del Estado tiende a debilitar el ritmo de crecimiento del excedente en desmedro del ritmo de acumulación reproductiva.

Mi interpretación se basa en el examen de la dinámica del proceso productivo y las distintas etapas que se operan en el tiempo que él demora, desde la etapa primaria hasta aquella en que salen al mercado los bienes finales (así de consumo como de capital, que no se diferencian en lo que concierne al proceso productivo como tal).

Esta introducción del factor tiempo es esencial como lo es el crecimiento de la producción. En efecto, sin ello no podría explicarse cómo se absorbe sin descenso de los precios el incremento de productividad que se ha ido logrando en las distintas etapas. Pues si las empresas no transfieren a las remuneraciones todo el incremento de productividad, la demanda proveniente de esas remuneraciones sería insuficiente con relación al incremento de productividad.

Aquí radica la significación del factor tiem-

po en la dinámica del proceso productivo. Para comprenderlo hay que hacer una clara distinción entre las distintas etapas de la producción en proceso y la etapa final de la producción de bienes finales. La demanda de estos bienes no proviene de los ingresos que las empresas han pagado anteriormente en el curso de su producción sino de los ingresos que están pagando en el proceso productivo de nuevos bienes finales que llegarán más adelante al mercado.

Tal es, en la dinámica de la producción, la consecuencia del factor tiempo. En virtud de ello, la cuantía de bienes en proceso, en un determinado período de tiempo, es superior a la de los bienes finales en el mismo período. Dicho en otros términos, los bienes finales van a la zaga de la producción en proceso. De esta manera, el incremento de bienes finales de un período con respecto al precedente no podría absorberse sin la expansión de la demanda proveniente de los ingresos que pagan las empresas en la producción en proceso entre los mismos períodos.

Ese incremento de bienes finales resulta a la vez del aumento del empleo y de la elevación de la productividad. Y si la expansión de la demanda es suficiente, esa elevación de la productividad queda en las empresas en forma de mayor excedente (o de crecimiento de ganancias en una primera aproximación).

Conviene explicar que este mayor excedente no ocurre en su totalidad al venderse los bienes finales en el mercado, sino que va anticipándose en cada etapa del proceso productivo, según las expectativas de demanda de las empresas respectivas. Surgen así los excedentes parciales. Si la demanda de bienes finales es suficiente y confirma esas expectativas podrá continuar el mismo ritmo de la demanda en toda la producción en proceso. De lo contrario, sobrevendrán reajustes en uno u otro sentido si la expansión de la demanda de bienes finales fuera o no suficiente para absorber el incremento de éstos.

Ahora estamos en condiciones de introducir la creación de dinero en nuestro razonamiento. Decíamos que los ingresos pagados en la producción en proceso generaban la demanda de bienes finales. Si esta demanda es suficiente, las empresas de la etapa final recuperan los ingresos que pagaron a su tiempo y obtienen su excedente parcial. Si la producción fuera *estática*, el dinero que así obtienen dichas empresas bastaría para

adquirir bienes en proceso de la etapa precedente y pagar su propia fuerza de trabajo. Y lo mismo sucedería en todas las etapas. Por el contrario, en el curso *creciente* de la producción ese dinero que obtienen las empresas en las distintas etapas no bastaría para acrecentar su propio empleo y la adquisición de bienes en proceso de la etapa precedente, incluido el excedente parcial respectivo.

Las empresas tienen así que recurrir a la creación de dinero por el sistema bancario en el curso creciente de la producción en proceso, salvo en la medida limitada en que tuvieran existencias disponibles de dinero (para simplificar, eliminaremos este posible aumento de la relación de circulación de dinero, que no altera nuestro razonamiento).

El papel de la autoridad monetaria es permitir la creación del dinero que requiere el crecimiento de ingreso en la producción en proceso de modo que el incremento de la demanda así generada equivalga al de la producción de bienes finales. De esta manera, se podrá mantener la estabilidad monetaria.

Ahora bien, el incremento de la demanda tiene dos fuentes principales, a saber, el crecimiento de la producción en proceso, como se ha explicado, o los gastos del Estado, cuando sus ingresos no alcanzan para cubrirlos y se acude a la creación de dinero. La inflación se origina asimismo en estas dos fuentes principales.

Vamos a considerar, primero la inflación originada en la producción en proceso, y, después la de origen fiscal. En el curso de una y otra hay una estrecha relación que se verá a su tiempo.

El incremento de ingresos pagados por las empresas en la producción en proceso corresponde al aumento de empleo y de remuneraciones. En el juego de las leyes del mercado el aumento de estas últimas está relacionado con la elevación de la productividad que esperan conseguir las empresas. O sea que el ritmo de aumento de las remuneraciones corresponde al ritmo de incremento de la productividad (recuérdese que otra parte de la productividad, la que no se transfiere a la fuerza de trabajo, va a engrosar el excedente).

¿Qué sucede cuando la fuerza de trabajo deja de ser pasiva y adquiere el poder necesario para acrecentar sus remuneraciones con un rit-

mo superior al de la productividad, o sea en procura de una mejora genuina o para resarcirse de impuestos?

Es obvio que en tal caso el incremento de la demanda originado en la producción en proceso supera al de la productividad en los bienes finales. Se inicia así un fenómeno inflacionario cuya persistencia dependerá, por un lado, de que la autoridad monetaria acreciente el ritmo de creación de dinero a fin de hacer frente a las remuneraciones más elevadas; y, por otro de la continuación de la pugna por mayores remuneraciones. Si ambas condiciones se cumplen, sobrevendrá fatalmente la espiral inflacionaria.

Cabe preguntarse, antes de pasar adelante, si la autoridad monetaria, en cumplimiento de sus responsabilidades de preservar la estabilidad de precios, no podría negarse a conceder esa mayor creación de dinero. Si así sucediera, las empresas no podrían subir los precios y se verían forzadas a pagar el aumento de costos con el incremento de productividad en detrimento del ritmo de aumento del excedente, o del mismo excedente, según fuera la presión redistributiva.

Es claro que ello, además de disminuir la rentabilidad de las empresas, afectaría adversamente el ritmo de acumulación de capital y por consiguiente el del empleo. La resistencia de las empresas así como sus consecuencias sociales, no permitirían proseguir por mucho tiempo esta política restrictiva. Las empresas se empeñarán en defender el excedente y su crecimiento.

En tal caso, el aumento de las remuneraciones más allá del ritmo de productividad traerá consigo un incremento de demanda acompañado de la creación adicional de dinero para subir los precios.

Pero no es eso solamente. El alza de precios traerá consigo la subida de las tasas de interés. De lo contrario, habrá una evasión de dinero al exterior. Y de esta manera se elevarán los costos financieros de las empresas, impulsando más arriba los precios y enseguida las remuneraciones. Y la espiral cobrará mayor amplitud.

Decíamos hace un momento que las empresas tratan de defenderse del embate de las remuneraciones mediante el alza de los precios. Logran hacerlo pero sus efectos son momentáneos, pues la subida de las remuneraciones debe realizarse a expensas del crecimiento del excedente. La defensa es, pues, relativa, ya que el ritmo del

excedente en esta forma sube y baja. Más aún, el alza de las tasas de interés ocurre en detrimento parcial de ese excedente y de las remuneraciones. Sucede así que los tenedores de recursos líquidos logran defender el valor real de su dinero con mayor eficacia que los que defienden el excedente.

Esta primera fase de la espiral inflacionaria puede ir acompañada de cierto incremento de la producción. Pero también ocurren trastornos cada vez mayores, internos y externos, que es innecesario considerar por ser conocidos y porque no alteran nuestro razonamiento de fondo. Tarde o temprano, sin embargo, la autoridad monetaria tratará de contener el proceso inflacionario, para lo cual terminará por acudir al único instrumento de que dispone, a saber, la restricción del crédito acompañada de aumentos en las tasas de interés que superan el alza de los precios, según fuere la intensidad de la política restrictiva.

Terminada la primera fase del curso inflacionario, se entra en la segunda, la del propósito de contener la inflación. Para responder al requerimiento de las empresas y la misma presión laboral, la autoridad monetaria se había visto compelida a aflojar la creación monetaria y desatar así la inflación. Ahora hay que recorrer el camino inverso. Realizarlo mediante el instrumento monetario representa una tarea sumamente difícil, pero si se lleva a cabo con gran persistencia podrá frenarse la inflación. Ha llegado el momento de explicar las distintas manifestaciones de esta política antinflacionaria, valiéndonos del esquema producción en proceso-bienes terminados, expuesto anteriormente.

El caso que vamos a considerar se caracteriza por la firme actitud de la fuerza de trabajo de preservar, si no mejorar, sus ingresos reales sobreponiéndose a las elevaciones de precios en el curso de la espiral. Ya sabemos, sin embargo, que tarde o temprano el desempleo provocado por la política restrictiva obliga a detener los reajustes de remuneraciones.

El desempleo es una consecuencia inmediata de esta política y se acentúa después por sucesivos descensos del ritmo de crecimiento de la producción en proceso o por ritmos negativos.

En el primer momento, al negarse la autoridad monetaria a elevar el ritmo de creación de dinero con la misma intensidad que la elevación de ingresos pagados por las empresas, éstas ten-

drán que hacerlo a expensas del empleo. La producción en proceso y el empleo no podrán aumentar en la medida en que crecen los ingresos o tendrán que disminuir, según fuere la presión ascendente de las remuneraciones.

Mientras esto sucede en la producción en proceso, continúa el crecimiento de los bienes finales en virtud del retardo derivado del tiempo que dura el proceso productivo. Hay que tener siempre presente el factor tiempo para comprender este razonamiento. Pasará cierto tiempo hasta que el debilitamiento de la producción en proceso se manifieste en la oferta de bienes finales. Mientras tanto, la producción en proceso continúa declinando hasta que se detiene el alza de las remuneraciones, como se verá más adelante. Ocurre así una disparidad entre la oferta y demanda de bienes finales. El incremento de la demanda originada en la producción en proceso resulta insuficiente para absorber el de bienes finales y queda un sobrante de oferta sin vender.

Este sobrante provoca una disminución del ritmo de la demanda de bienes en proceso en todas sus etapas. Así pues, la demanda resulta también insuficiente para absorber en tales etapas los incrementos de productividad y se reduce correspondientemente el ritmo de los excedentes parciales y, por tanto, del excedente global, a medida que disminuyen el ritmo productivo y el empleo. A la reducción inicial que acompaña a la restricción crediticia, se agregan de esta manera las consecuencias de la demanda insuficiente.

Este nuevo descenso del ritmo de la producción en proceso se opera mientras continúan creciendo las remuneraciones. Hay pues una doble presión sobre aquélla: primero, en el origen, por la restricción crediticia y, segundo, en la terminación por la insuficiencia de la demanda de bienes finales. La continuación del aumento de las remuneraciones y de las tasas de interés sigue impulsando el alza de precios, mientras disminuye el ritmo de la producción en proceso o este ritmo se vuelve negativo. He ahí cómo se explica (en este caso) el fenómeno que no se había dado anteriormente de alza de precios y contracción de la producción y el empleo ("estancamiento"); se debe fundamentalmente a que las remuneraciones siguen ajustándose al ritmo de la inflación.

Volvamos al asunto anterior. La insuficiencia de la demanda se opera continuamente porque, debido a la restricción crediticia en la pro-

ducción en proceso no se generan ingresos y demanda suficientes para absorber la oferta de bienes finales. Y siguen apareciendo sobrantes con las consecuencias ya explicadas.

Sin embargo, estos sucesivos impulsos de contracción no podrían prolongarse indefinidamente. En efecto, el creciente desempleo termina por vencer el empeño de la fuerza de trabajo de resarcirse del aumento de precios en el curso de la espiral. Disminuye, hasta extinguirse a la postre el aumento de sus remuneraciones. Y al suceder así comienza a debilitarse el ritmo de descenso de los ingresos y la demanda generada en la producción en proceso. Pero debido al factor tiempo, este debilitamiento tarda en llegar a la oferta de bienes finales. Continúa pues la disparidad con la demanda, aunque con decreciente intensidad. De esta manera, van disminuyendo los sobrantes y en consecuencia la intensidad de descenso de la producción en proceso.

Entramos aquí en la tercera etapa, con un fenómeno muy significativo. Al debilitarse el descenso de la producción en proceso y el empleo, se debilita correlativamente la disminución de los ingresos correspondientes, sin que ello se compense con aumentos de remuneraciones cada vez menores. Y como este debilitamiento tarda en llegar a los bienes finales, sigue reduciéndose la disparidad entre la disminución de la demanda y la de la oferta. Ambas decaen pero en la demanda el descenso es más lento que en la oferta de bienes finales. De esta manera, se reduce también la insuficiencia de la demanda y el impulso a la contracción de la producción.

A todo ello hay que agregar la baja de los costos financieros. Pues al aminorarse el aumento de las remuneraciones se reducen las tasas de interés y, en consecuencia, declina más aún la disminución de ingresos y demanda provenientes de la producción en proceso.

Hay aquí un claro contraste con la segunda fase. En efecto, durante toda la segunda fase, la cuantía de la demanda supera cada vez más a la de la oferta de bienes finales. En tanto que en la tercera etapa esa cuantía es menor que la de la oferta, pero se reduce menos que esta última. De tal manera que se va achicando con más celeridad que la oferta de bienes finales —siempre a la zaga— hasta llegar a la equivalencia de ambas cuando las remuneraciones han dejado de subir. En este punto habrá terminado el sobrante de

bienes finales y el impulso de contracción de la economía.

La equivalencia entre demanda y oferta no significa necesariamente que sobrevendrá la reactivación de la economía sin la cual no podrá restablecerse el excedente y su papel dinámico. A falta de una política expansiva, es el caso de preguntarse si no se opera un movimiento espontáneo de recuperación. Mi respuesta es afirmativa, si bien ello tiene que apoyarse en una expansión crediticia. Paso a explicarlo.

Cuando mencionamos el acrecentamiento de los ingresos en el curso de la producción en proceso y el aumento correspondiente de la demanda, no explicamos —para evitar prematuras complicaciones— que una parte de la demanda se desvía hacia los servicios, de donde vuelve gradualmente a los bienes finales. De esta manera una parte del dinero creado por el sistema bancario va quedando en el sector servicios y circulando allí en el curso creciente de la producción en proceso.

A su vez, cuando a la expansión de la demanda sucede su descenso, la parte que se desvía a los servicios se vuelve inferior a la que retorna en forma de demanda de bienes.

A mi juicio, este retorno constituye un elemento espontáneo de reactivación, tanto en el caso que consideramos como en el de la depresión cíclica. Lo mismo podría decirse en cuanto al comercio exterior. Cuando se expande la producción, tiende a desviarse la demanda hacia importaciones y aumentar internamente la de bienes exportables. Y en la contracción ocurre lo contrario, favoreciendo la demanda de bienes finales o en proceso. Todo lo cual significa que es indispensable introducir la noción de tiempo y de espacio en el análisis de la dinámica del crecimiento.

Volvamos ahora a la lógica implacable del monetarismo. Después del razonamiento precedente se llega a la conclusión de que es posible terminar con la inflación provocada por el alza de las remuneraciones a un ritmo superior al de la productividad. No se trata sólo del alza con la que la fuerza de trabajo se propone mejorar sus ingresos reales, sino también la que pretende para resarcirse del crecimiento de los gastos del Estado provenientes ya sea de las ventajas sociales que ella obtiene, o de otros gastos cuyo costo

termina en una forma u otra recayendo sobre sus espaldas.

Lo grave de todo esto radica en que, dado el sistema de apropiación del excedente y de redistribución, no se dispone de otros medios para corregir el tipo de inflación de que nos ocupamos si no el monetarismo.

Se trata sin duda alguna de una aberración, impuesta por un sistema incompatible con las mutaciones estructurales de la sociedad y sus cambios consiguientes en las relaciones de poder. La aberración radica en el propio sistema. No lo reconocen los teóricos neoclásicos, como se dijo en otro lugar. Porque para ellos el monetarismo es la forma de restablecer el correcto funcionamiento del sistema.

En verdad es comprensible esta actitud del neoclasicismo puesto que según sus razonamientos los frutos del progreso técnico son difundidos socialmente por la competencia; sin embargo, hemos tratado de demostrar que aun en un régimen de libertad económica absoluta, ello no sucede, sino que una parte importante del incremento de productividad se retiene y se acrecienta principalmente en manos de los estratos superiores. En consecuencia, el empeño de la fuerza de trabajo en mejorar sus ingresos reales por encima del ritmo de productividad y a expensas del excedente se justifica plenamente desde el punto de vista de la ética redistributiva. Pero el sistema no lo permite ni permite tampoco la participación del Estado a expensas del excedente y reacciona en la forma que hemos explicado.

Por lo demás, es ingente el costo económico y social (y acaso político) de la restricción crediticia. En efecto, significa reducir la actividad económica con el consiguiente desempleo y disminuir el excedente hasta hacerlo desaparecer, según la intensidad de la política restrictiva, en desmedro de la acumulación de capital. Además, se opera una considerable transferencia de ingresos reales desde la actividad productiva (empresas y fuerza de trabajo) a la actividad financiera.

Este último punto merece especial mención. La elevación de las tasas de interés conforme al ritmo de alza de los precios no sólo significa defender a ahorrantes pequeños y medianos, sino sobre todo a grupos con grandes recursos financieros líquidos. Más aún, cuando la espiral inflacionaria ha adquirido gran amplitud, suben

extraordinariamente las tasas de interés positiva, mientras aumenta el desempleo y se resiente la actividad productiva. En otros términos, mientras se contrae el ingreso real, aumenta la proporción apropiada por esos grupos sociales.

Dijimos que el excedente sufre en el curso de la política antinflacionaria y podría verse transformado de positivo en negativo. Por cierto que el excedente no siempre se emplea a fondo, sobre todo en el capitalismo periférico, con el fin de acrecentar el capital reproductivo. En efecto, la imitación del consumo de los centros constituye un freno poderosísimo a la acumulación y no sólo en los estratos superiores sino también a medida que se desciende en la estructura social, aunque con mucho menor intensidad.

Esta precaria utilización del potencial de acumulación de capital reproductivo, unida al fuerte ritmo de crecimiento de la población periférica, contribuye notablemente a la marginación social, sea en los campos o en las ciudades, o más bien dicho, al desplazamiento de la marginación de los campos hacia las ciudades. Este desplazamiento es de gran importancia socio-política, puesto que una cosa es la dispersión de los estratos socialmente rezagados en vastas zonas rurales y otra muy diferente es la marginación en vastos conglomerados urbanos en donde aquéllos adquieren conciencia de su situación social y de su poder político a fin de participar en la pugna distributiva.

Para terminar esta sección, conviene mencionar lo que dijimos en lugar pertinente, o sea, que las tasas negativas de interés, que sin duda favorecerían la actividad productiva, tienden a provocar la evasión de dinero al exterior, como ha sucedido a veces en forma cuantiosa en los últimos años en América Latina. El control de cambios puede resultar eficaz para detener el éxodo de divisas, pero no por largo tiempo, puesto que da lugar a manipulaciones, tanto de los exportadores como de los importadores, para desviar divisas del mercado oficial y negociarlas en el mercado libre —sobre todo cuando hay una amplia diferencia entre las cotizaciones respectivas.

Hay que hacer una clara distinción entre la inflación derivada del déficit fiscal y la que proviene del empeño de la fuerza de trabajo en mejorar su bienestar acudiendo a aumentos de salario superiores al ritmo de productividad o a

ventajas sociales o empleo en el Estado, cuyo costo en última instancia recae, en buena parte, sino en toda, sobre la misma fuerza de trabajo y provoca tarde o temprano la reacción monetarista.

Conviene decir desde el comienzo que ambas formas de inflación están estrechamente ligadas y reaccionan recíprocamente. La inflación provocada por el déficit fiscal eleva los precios y disminuye las remuneraciones reales de la fuerza de trabajo. Hay aquí un traslado importante de ingresos reales desde esta última a las empresas; pero dura muy poco tiempo puesto que debido al alza de los precios también suben las tasas de interés, de manera que una parte de los mayores ingresos (o generación inflacionaria de las empresas) se transfiere a la actividad financiera.

No se crea sin embargo que se trata de un caso semejante al que describimos en páginas anteriores. En efecto, la pretensión de corregir los efectos inflacionarios del déficit fiscal con una política de restricción monetaria lleva a resultados que distan mucho de ser eficaces aun pagando el costo social y político que vimos anteriormente. En efecto, la disminución del ritmo de actividad productiva y de empleo debido a esta política contribuye en fin de cuentas a aumentar el déficit fiscal.

El déficit fiscal solamente puede atacarse elevando los impuestos y reduciendo los gastos. Pero como se ha dicho en la sección I, si los impuestos recaen sobre la fuerza de trabajo y ésta dispone de poder para resarcirse, tales impuestos se vuelven inflacionarios. Y si recaen sobre el excedente y debilitan el ritmo de acumulación, disminuye también el ritmo de productividad. Como que el déficit es manifestación de la tendencia al desequilibrio dinámico y escapa, en consecuencia, a las formas convencionales de ataque.

Si bien ambas formas de inflación tienen diferente origen, se influyen mutuamente dando impulso a la espiral. La inflación proveniente de la espiral lleva al aumento de las remuneraciones no sólo del Estado sino de las empresas, y provoca o acentúa la inflación de costos y precios. A su vez, esto último provoca o agrava el déficit fiscal. Y si se ataca con el instrumento monetario provocando contracción, como se ha explicado hace un momento, ello incide adversamente sobre el Estado, trayendo consigo el déficit o aumentándolo.

El problema ha llegado a ser intratable, tanto en los centros como en la periferia, de no atacarse en su raíz la tendencia al desequilibrio dinámico.

Después de estas breves consideraciones sobre la inflación provocada por el déficit fiscal, cabe volver a la inflación proveniente del alza de remuneraciones superior al ritmo de la productividad. Hemos explicado anteriormente cómo opera la política de restricción monetaria. La insuficiencia de la demanda provoca en última instancia la contracción y el desempleo; y ello detiene, finalmente, el alza de salarios.

Sin embargo, si ocurre simultáneamente el déficit fiscal, la política monetaria no puede lograr estos efectos puesto que, a medida que se reduce el ritmo de remuneraciones y se atenúa la disparidad entre oferta y demanda, el déficit fiscal trae consigo un aumento de la demanda inflacionaria que compensa en todo o en parte, o supera, la tendencia a la equivalencia entre aquellas. Si ello es así, la política monetaria no podría llegar a frenar la inflación.

Nada hemos dicho de la inflación de origen externo, sea que aumente los costos directa o indirectamente por medio del alza de precios. Si la fuerza de trabajo tiene poder de resarcimiento reaccionará con el alza de sus remuneraciones, provocando o acentuando la espiral. El monetarismo tendrá que comprimir más las remuneraciones a fin de que se restablezca el excedente. El costo recaerá finalmente sobre la fuerza de trabajo.

En este caso, como en el relativo al papel de la política monetaria, si se ha logrado frenar las remuneraciones por la intensidad del desempleo, cabe preguntarse qué ocurriría si una política de reactivación, que es inevitable, vuelve a aumentar el empleo. ¿Se concibe que la fuerza de trabajo abandone sus reivindicaciones como tuvo que hacerlo en una situación adversa de gran desempleo? No creo que así sea. Tarde o temprano trataría de recobrar el ingreso real que ha perdido dando margen a una nueva escalada inflacionaria. He ahí el problema fundamental no sólo del capitalismo periférico sino también del capitalismo de los centros dada la índole del proceso de apropiación del excedente, distribución del ingreso y acumulación de capital reproductivo.

IV

La crisis periférica y la incidencia de la crisis de los centros

Las consecuencias notorias de la crisis de los centros estimulan en la periferia cierta proclividad a atribuirles los graves males y vicisitudes de nuestro desarrollo. Olvídase con frecuencia la profundidad de la tendencia al desequilibrio interno de nuestro desarrollo que se conjuga con esos factores externos.

La tendencia al desequilibrio interno se ha acentuado con la crisis de los centros, pero viene de tiempo atrás y ya se presentaba crudamente en los tiempos de euforia de los centros, manifestándose en obstinados fenómenos de inflación social. Esa tendencia se desarrollaría con rasgos importantes de especificidad explicables principalmente por el retardo histórico de nuestro desarrollo.

¿Cuál fue esa especificidad? Hay tres rasgos que sobresalen por su importancia. El primero atañe a la gran heterogeneidad estructural, la gran diversidad de capas técnicas y la distancia que las separa. Debido a ello parecería mayor que en los centros la proporción del excedente de que se apropian principalmente los estratos superiores. El segundo dimana de la imitación conspicua de las formas de consumo de los centros, sobre todo en sus estratos superiores. Se desperdicia de esta manera una porción importante del potencial de acumulación de capital reproductivo que significa el excedente. Y finalmente la influencia negativa que tiene sobre el mismo excedente la tendencia al desequilibrio dinámico que tanto ha influido sobre la inflación, así como las medidas adoptadas para contenerla. Estas consecuencias han venido a acentuar las tendencias estructurales al desequilibrio en las relaciones con los centros que caracterizan el desarrollo periférico, también en detrimento del excedente periférico y de su papel dinámico.

Para decirlo brevemente. La productividad es menor en la periferia por su mismo retardo histórico. Pero no hay tal retardo en la imitación del consumo que, desde los estratos superiores tiende a difundirse hacia abajo, pero con enormes disparidades.

Todo ello en perjuicio de la acumulación reproductiva, no está de más subrayarlo, por sus adversas consecuencias sociales. En efecto no hay capital suficiente para corregir la marginalidad social con el acrecentamiento del empleo, ni en la población de los campos ni en la que se ha desplazado a las ciudades. Se malogra de esta manera la absorción de fuerza de trabajo, en desmedro del ritmo de productividad y, por tanto, del ritmo de crecimiento y del potencial de acumulación. Este hecho se agudiza por el crecimiento extraordinario de la población.

Es muy claro el círculo vicioso que abate las posibilidades de desarrollo: la acumulación es menor de lo que pudiera ser debido a que el consumo conspicuo, principalmente de los estratos superiores, y el insuficiente empleo productivo de los estratos inferiores, no permiten desenvolver con eficacia social el potencial de acumulación reproductiva.

Hay, desde luego, otros factores que obran en el mismo sentido, entre ellos la hipertrofia del Estado, en donde encontramos otra manifestación del círculo vicioso. La acumulación insuficiente, no sólo con respecto a los estratos inferiores, sino en todo el sistema, genera una redundancia relativa de fuerza de trabajo que termina empleándose especialmente en el Estado, lo cual —en fin de cuentas— se vuelve adverso a la acumulación reproductiva.

Por todo esto el sistema tiene una productividad menor que la que pudiera ser, tanto en términos absolutos como en su crecimiento, en contraste con la tendencia que muestran el gasto privado y social y el gasto del Estado a crecer con celeridad, a la luz de nuestras explicaciones teóricas. Ha de comprenderse entonces la índole del desequilibrio dinámico que se manifiesta generalmente en muy altas y crecientes tasas de inflación.

Tal es la especificidad del desarrollo periférico en lo que atañe a la apropiación del excedente, la acumulación, la productividad y la pugna distributiva.

La espiral inflacionaria suele traer consecuencias políticas muy importantes en nuestros países. Es cierto que el proceso de democratización es difícil e inmaduro y cuando los trastornos inflacionarios contribuyen a interrumpirlo, los gobiernos autoritarios, impulsados por grupos dominantes detienen o regulan el aumento de las remuneraciones para contener la inflación. Los hechos muestran que ello ha servido más bien para restablecer el excedente y dar más esplendor a la sociedad privilegiada de consumo antes que acrecentar el capital reproductivo. Y la inflación ha continuado debido a otros factores, principalmente el déficit fiscal o el deterioro de la relación de precios del intercambio.

Habiendo fracasado entonces la regulación de las remuneraciones, sólo queda el monetarismo, de tanto prestigio en algunos centros. Bien sabemos las graves consecuencias económicas y sociales que ello ha traído consigo. No hay por qué mentarlas nuevamente.

No es un consuelo para la periferia mencionar que los centros han caído en similares aberraciones. Ni comprobar tampoco que los efectos de la crisis de aquéllos han contribuido a un fuerte agravamiento de la tendencia al desequilibrio en nuestras relaciones con los centros, de lo cual nos ocuparemos enseguida.

Trátase de un viejo fenómeno que la CEPAL ha procurado esclarecer desde sus primeros tiempos cuando analizaba las consecuencias muy adversas de la gran depresión mundial sobre nuestro desarrollo.

Aquella crisis del capitalismo de los centros, con los muchos males que trajo, tuvo sin embargo la virtud de iniciar la reacción contra la pasividad de la periferia. Hasta entonces, al margen de la gran corriente de industrialización de los centros, y momentáneamente contraída por la depresión, la periferia dio el primer paso decisivo para incorporarse a esa corriente e iniciar de esta manera su empeño industrializador y combatir el desequilibrio exterior que se manifestaba por primera vez con preocupante intensidad.

Tuvo que hacerlo necesariamente mediante la sustitución de importaciones. Pasados los años inició el esfuerzo de exportación de manufacturas, favorecida por aquellos tiempos de euforia de los centros. Fue un hecho muy positivo que, sin embargo, contribuyó a debilitar la política sustitutiva. No sin ciertas expresiones de abo-

minación en algunos casos. El péndulo, que se había inclinado exageradamente por esa política sustitutiva, pasó de esta manera al otro extremo. Créase que con las exportaciones de manufacturas podrían nuestros países alcanzar elevadas tasas de desarrollo; y no sólo se descuidó la política sustitutiva sino también, como corolario, dejó de pensarse seriamente en el mercado regional y el intercambio recíproco.

La presente gran crisis del capitalismo ha disipado grandes ilusiones. El sensible descenso de las tasas de desarrollo de los centros tiene influencia muy adversa sobre las exportaciones de manufacturas y sus precios mientras se encarecen las importaciones. Ha recrudescido en ellos el proteccionismo que, por cierto, no se había desbaratado en los años de prosperidad. La liberalización del intercambio se refirió principalmente a los bienes resultantes de innovaciones tecnológicas que alimentaron extraordinariamente el intercambio de los centros. La periferia quedó nuevamente al margen, sin participación activa.

Las perspectivas no son prometedoras; más bien al contrario son realmente desalentadoras las proyecciones del desarrollo de los centros, al menos en este decenio. La desocupación es allí muy seria y constituye un fuerte obstáculo a las importaciones provenientes de la periferia que compiten con la producción de los centros.

Pero esto no es solamente consecuencia del desempleo. En los años de prosperidad, cuando se admitía la inmigración de trabajadores extranjeros, nada significativo se hizo para abatir la renuencia a importar bienes de la periferia.

Me inclino a creer que hay en esto algo más que un hecho circunstancial. Me parece que se trata de un nuevo fenómeno estructural al que no se ha respondido aún con nuevas fórmulas de intercambio.

Se justifica un momento de reflexión para promover la discusión de este asunto. No olvidemos, ante todo, las ventajas comparativas. Sin duda que la exportación de manufacturas de la periferia, de contenido tecnológico relativamente bajo, permitiría adquirir en los centros manufacturas de alto contenido tecnológico. Centros y periferia se beneficiarían de sus ventajas comparativas. Evidentemente, mientras no se había desenvuelto la industrialización de nuestros países,

no pudo haber ventajas comparativas en el intercambio de manufacturas. Ahora sí.

¿Qué es lo que lleva a los centros a privarse de estas ventajas, perjudicarse a sí mismos y también al desarrollo periférico?

Para comprenderlo conviene tener presentes los cambios que ocurren en la estructura productiva de los centros. El aumento de la productividad ha permitido en ellos acrecentar el excedente y la acumulación, con la consiguiente expansión del empleo, el ingreso y la demanda global. Y aunque este proceso se haya debilitado, la composición de la demanda ha seguido cambiando continuamente. Las innovaciones tecnológicas no sólo aumentan la productividad sino también diversifican de más en más los bienes y servicios que se ofrecen para satisfacer la demanda. Esto va acompañado de continuos desplazamientos de la ocupación, no solamente por el incremento de la fuerza de trabajo que se dirige a las actividades en que la demanda crece con mayor pujanza, sino por el desplazamiento de los trabajadores que ya estaban ocupados en las actividades menos favorecidas por la demanda. Asimismo, la inversión de capital proveniente del excedente se desplaza correspondientemente.

Ahora bien, como consecuencia del desequilibrio dinámico de los centros se ha debilitado el ritmo de crecimiento de la acumulación y el empleo con la consiguiente declinación del ritmo de absorción de fuerza de trabajo.

La periferia ha llegado a asimilar las formas de producción de los centros en manufacturas de contenido tecnológico relativamente bajo y puede competir con las de ellos a precios inferiores, provocando desempleo y reduciendo el excedente y, por tanto, la acumulación, en perjuicio del desplazamiento de fuerza de trabajo. Que las dimensiones de este hecho se exageran frecuentemente no significa que el fenómeno no exista. Es cierto que apenas ha comenzado y que los centros reaccionan con diversas medidas restrictivas. Mirado este hecho con perspectivas futuras, representa un gran obstáculo al creciente papel dinámico que la periferia, por primera vez, podría tener en el desarrollo de los centros.

Esta incipiente vulnerabilidad exterior del excedente de los centros explica por qué aun en los años de gran prosperidad los mismos no llegaron a liberalizar las importaciones de manufacturas periféricas.

Téngase presente que la competencia internacional no se realiza tanto mediante el descenso de los precios, cuanto con la diversificación de los bienes. El precio suele descender cuando por innovaciones aparecen otros bienes superiores que atraen la demanda.

Este tipo de competencia periférica afecta la sensibilidad de los centros en estos tiempos de desequilibrio dinámico que han traído gran desempleo. Y si ello ocurre en bienes provenientes de innovaciones tecnológicas, cuya demanda suele ser intensa. El fenómeno se agrava cuando se desenvuelve la competencia periférica en bienes en que la demanda de los centros crece con lentitud comparada con la de otros bienes. Las importaciones desde la periferia, además del ritmo lento de desarrollo de los centros, están sujetas a restricciones unilaterales que les impiden disfrutar de las ventajas comparativas que los centros siguen proclamando frente a la industrialización periférica.

No cabe esperar que los centros abran de par en par las puertas. Y aunque acordaran con la periferia formas regulatorias, no podría esperarse de ello la solución del problema exterior de nuestro desarrollo. Razón de mucho peso para meditar sobre el fraccionamiento económico de la periferia que no hemos sabido cómo atacar con vigor y resolución.

Frente a los hechos y perspectivas que hemos mencionado, la periferia debiera pensar seriamente en aprovechar su propio potencial de desarrollo sin descuidar por ello toda acción positiva que pueda emprender en las relaciones con los centros. Mientras éstos no logren corregir su tendencia al desequilibrio dinámico, el esfuerzo por acrecentar las exportaciones de manufacturas seguirá siendo difícil tanto por el menguado ritmo de desarrollo de aquéllos como por sus consabidas restricciones.

Huelga señalar las consecuencias adversas de estos hechos sobre el desarrollo. Son de doble significación. Por un lado contribuyen al estrangulamiento externo como en otros tiempos y acaso con más intensidad, pues el desequilibrio externo limita además la genuina cooperación financiera exterior. Por otro lado, el ritmo de las exportaciones y la relación de precios desfavorable contribuyen a comprimir el excedente. Y la combinación de ambos factores negativos impone transformaciones fundamentales en el

desarrollo periférico a fin de contrarrestar ambas tendencias al desequilibrio.

A esos factores de índole estructural se agregan los efectos de ciertas medidas coyunturales que se toman en los centros para hacer frente a la crisis de origen estructural. Me refiero principalmente a la política antinflacionaria del centro dinámico principal. Son de todos conocidos los efectos recesivos de la economía: la contracción del empleo y las elevadas tasas de interés. Sin duda alguna que se ha conseguido un éxito notable al reducir la inflación. Ya hemos explicado su ingente costo, sobre todo para los elementos más débiles de la estructura social. Pero no se limita este costo a lo interno. Como lo ha señalado la OCDE, formada por los grandes centros, una tercera parte de ese costo ha recaído sobre los países de producción primaria.⁴

Llueve sobre mojado. A nuestra propia crisis inflacionaria y su agravamiento por aquellos factores externos, se añaden los efectos de esas medidas coyunturales, al contribuir a dar mayor impulso a la presión inflacionaria tanto de la fuerza de trabajo como del Estado. Y se acude a medidas convencionales para combatir los males que se agravan.

Es obvio que el peso de los cuantiosos servicios de la deuda exterior empeora y complica esos males. Esto no concierne tan sólo a los países deudores sino a todos, pues se ven forzados a seguir internamente las elevadas tasas de interés de los centros para contener la evasión de capital. Aunque se llegara por adecuada política antinflacionaria a reducir las tasas internas, seguirá tropezándose siempre con aquellas otras. Una política de reactivación es de suyo difícil: más aun si se mantiene tan desfavorable situación.

La necesidad de una vigorosa reactivación se siente en general en la periferia latinoamericana, sobre todo en los países que han seguido una política de encogimiento productivo a fin de corregir el desequilibrio exterior estructural acentuado por las medidas coyunturales mencionadas. La fórmula recomendada desde afuera y también preconizada por la ortodoxia vernacular no es nueva en América Latina: dejar que el juego de las fuerzas del mercado restablezca el equilibrio absteniéndose de intervención artificial en las importaciones.

⁴OECD *Economic Outlook* N° 32, París, 17 de diciembre de 1982, p. 8.

Esto me lleva a ocuparme de otro aspecto de la crisis que estamos viviendo: la crisis de las ideas económicas. Es una crisis seria y perturbadora que se manifiesta de diversas maneras. Hay una persistencia de ideas convencionales frente a nuevos fenómenos que han surgido de las mutaciones de la estructura de la sociedad. Esto ocurre tanto en los centros como en la periferia latinoamericana. En lo que atañe especialmente a esta última, ha habido un gran retroceso hacia teorías que habíamos creído definitivamente superadas. Finalmente, se han dado casos en que, so pretexto de recuperar ideas convencionales, se ha llegado a cometer errores en su nombre, manipulando esas ideas con desastrosas consecuencias.

En cuanto a lo primero, no necesitamos extendernos sobre lo que ya dijimos acerca del desequilibrio dinámico de donde surgen nuevas formas de inflación. Las fórmulas pretéritas de política monetaria traen consecuencias contraproducentes, y un ingente costo económico y social sin corregir los factores estructurales a que responde aquel desequilibrio.

Tanto los centros como la periferia tardan en comprenderlo y no se avienen a reconocer la necesidad imperiosa de transformación del proceso de apropiación del excedente, de acumulación de capital y de redistribución del fruto del progreso técnico.

Suele justificarse el uso contraproducente del instrumento monetario a fin de restablecer las leyes del mercado violadas por el poder redistributivo de la fuerza de trabajo y la hipertrofia del Estado. Sin desconocer la eficiencia económica de tales leyes, es bajo su imperio irrestricto que surge el fenómeno estructural del excedente de cuya apropiación dimana en última instancia el desequilibrio dinámico entre el gasto y la inversión reproductiva, fuente primordial de las nuevas formas de inflación.

Hace tiempo que se había abandonado la magia del mercado en cuanto a la creación de dinero. La experiencia mostró que no cabía dejarla al incentivo de las ganancias. Se impuso pues la regulación monetaria del Estado mediante los bancos centrales. Por eficaz que haya sido en otros tiempos esta regulación macroeconómica, tiene ahora que dar lugar a otras formas de regulación para prevenir los fenómenos inflacionarios.

Pero lo que ha pasado en el campo internacional no es precisamente la falta de esas nuevas formas sino el total abandono de cuanto tenía de positivo la regulación monetaria. Había que dejar allí a las leyes del mercado multiplicar los recursos monetarios que llegaban del centro dinámico principal y emplearlos en perseguir el incentivo de las ganancias. Sería la asignación más ventajosa de recursos. Bien se conocen las consecuencias tan graves de esta falta de regulación que, por lo visto, no han terminado aún.

Pasemos ahora al retroceso a ideas convencionales que creíamos superadas en la periferia latinoamericana. Me refiero a lo que habíamos llamado el esquema pretérito de la división internacional del trabajo, que había dejado a la periferia al margen de las corrientes industrializadoras de los centros. No es que tal esquema careciera de lógica. Sino que desconocía importantes diferencias estructurales de la periferia con los centros. Estas diferencias justificaban una política deliberada de industrialización, de sustitución de importaciones primero y de exportación de manufacturas después. Ello no significaba prescindir de las leyes del mercado, sino establecer condiciones estructurales básicas que les dieran eficacia dinámica en el desarrollo periférico.

Pues bien, las teorías neoclásicas sobre las que se apoyaba aquel esquema pretérito volvieron a irrumpir en nuestros países y produjeron medidas cuyas consecuencias sobre la industrialización fueron deplorables. Sin duda que había que corregir exageraciones y formas abusivas en el desarrollo industrial. Pero ello no aconsejaba en forma alguna graves imprudencias que pretendían justificar un anacrónico retroceso.

Por cierto que en los centros suele haberse encomiado este retroceso que se predicaba en nombre de anticuadas teorías económicas. ¿Cómo explicar esta persistencia ideológica cuando aun en tiempos de prolongada prosperidad los centros se abstuvieron de extender su liberalización a bienes manufacturados provenientes de la periferia? Más aun ¿cómo justificar la proliferación de nuevas medidas restrictivas que dejan de lado el principio de las ventajas comparativas que los centros tantos nos habían recomendado?

Finalmente quiero hacer algunas consideraciones acerca de ciertas manipulaciones periféricas de ideas convencionales.

Una de ellas ha sido la sobrevaluación mo-

netaria, la obstinación en mantener un tipo de cambio que no seguía el curso de la inflación interna. Ha sido considerable el perjuicio que se ha causado a la producción industrial (y también agrícola, en algunos casos). Se han destruido industrias por una exagerada competencia exterior y se ha borrado en corto tiempo un tenaz esfuerzo de exportación de manufacturas.

Se ha invocado la sobrevaluación para contener las importaciones y con más bajos precios, la inflación interior. ¿Acaso no era ésta una de las ventajas del patrón oro? Es cierto que en los buenos tiempos del patrón oro el aumento coyuntural de las importaciones traía consigo la disminución de las reservas monetarias y por tanto la corrección de una expansión inflacionaria. Pero que yo recuerde, jamás se había pensado que ello era compatible con la continuación del déficit fiscal o de otros factores internos responsables de la inflación.

El patrón oro fue en otros tiempos un elemento importante de relativa estabilidad monetaria y, a pesar de haber desaparecido, entrañaba ciertos principios que conservan su validez. Pero no podría desconocerse que en la periferia latinoamericana su funcionamiento espontáneo acentuaba la vulnerabilidad externa de nuestras economías. La experiencia fue aconsejando ciertas medidas regulatorias para preservar la estabilidad frente a las fluctuaciones exteriores. Pero la manipulación de ciertos principios llevó a abandonar medidas de esa naturaleza, dejando completamente abierto el mercado monetario a las vicisitudes internacionales. Y se decidió hacerlo precisamente cuando habían llegado a ser notorias las aberraciones del mercado de eurodólares a las que nos hemos referido en la sección II. Muy lejos estaba este mercado de ser un paradigma en que debiera inspirarse nuestra política monetaria o financiera. O, lo que fue peor, un paradigma que debiera hacernos prescindir de una política nuestra, dejando que los fenómenos se repitan espontáneamente por el juego internacional. ¡Otro caso patético de manipulación de conceptos!

Habíamos empezado en nuestras tierras a pensar con nuestra propia mente, a cernir las ideologías de los centros por el cedazo de nuestra propia experiencia. Y también a reconocer claramente las deficiencias de nuestro propio desa-

rrollo. Las lecciones de esta crisis son de gran significación. Hay que saber discernirlas con objetividad serena. Hay que emprender nuevamente el camino de nuestra autonomía intelectual. Y tener siempre presente que los centros sólo se han interesado en el desarrollo periférico cuando convenía a sus propios intereses económicos, políticos o estratégicos. No les ha interesa-

do la profundidad social del desarrollo periférico. En fin, no les ha interesado a los centros que la periferia deje de serlo. Convenzámonos de que esa transformación no podrá venir de afuera, ni en las ideas ni en los hechos. Tiene que ser obra nuestra, obra latinoamericana compatible por cierto con nuevas formas de cooperación y convivencia internacionales.